Me dispongo a la oración con estos textos

“ ¿Qué utilidad tuvo la intervención de la borriquilla? La de conseguir, sencillamente, que vieran a Cristo aquellas personas de la «masa» que estaban lejos de Él. ¿No es precisamente ésta la misión que nos ha dado la Jerarquía para que la realicemos conscientemente los militantes de la HOAC?

–**Guillermo Rovirosa**, O.C. TV, 485

“ Pidamos la gracia del estupor. La vida cristiana, sin asombro, es monótona. ¿Cómo se puede testimoniar la alegría de haber encontrado a Jesús, si no nos dejamos sorprender cada día por su amor admirable, que nos perdona y nos hace comenzar de nuevo? Si la fe pierde su capacidad de sorprenderse se queda sorda, ya no siente la maravilla de la gracia, ya no experimenta el gusto del Pan de vida y de la Palabra, ya no percibe la belleza de los hermanos y el don de la creación. En esta Semana Santa, levantemos nuestra mirada hacia la cruz para recibir la gracia del estupor .

–**Francisco,** Homilía Domingo Ramos 2021.

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Después del itinerario de Cuaresma llegamos a la Semana Santa, al núcleo central del misterio de nuestra fe. Acompañamos a Jesús en su Pasión por Dios, por el mundo, por cada ser humano. Lo hacemos desde el estupor a que nos invita el papa Francisco, trascendiendo la mera realidad, para contemplar y experimentar el amor infinito y gratuito de Dios.

Lo hacemos caminando con nuestro pueblo, en su pasión, en su dolor, y su esperanza.

Jesús, ayer aclamado y hoy crucificado,
que en la desnudez de la cruz has entregado
hasta tu último aliento,
mira nuestra cobardía,
nuestra incapacidad de dar la cara por ti,
nuestro pasotismo ante tantas injusticias,
nuestra insensibilidad ante el dolor ajeno
o quizá nuestra compasión hecha solo
de los buenos sentimientos que has puesto
en mi corazón,
pero incapaces de mover mi voluntad.
Perdona nuestra religiosidad
hecha básicamente de ritos, fórmulas y
convicciones cerebrales,
pero resistente al sufrimiento compartido,
a la renuncia de las comodidades
para asomarme al «valle de lágrimas»,

que se muestra más materialista que espiritual, más hecha de «mí» que de «Ti».

Te oí cuando decías:
«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»
y hoy me aplico esta frase como destinatario:
No sé bien lo que hago cuando la rutina vacía mi entusiasmo,
cuando lo virtual desplaza el verdadero encuentro afectuoso,
cuando la «profesionalidad» me hace salir
airoso sin implicarme en un problema,
cuando mi fe está próxima a una verdadera indolencia,
oculta tras la estructura comunitaria.

Señor, acuérdate de mí ya que estás en tu Reino.

Hoy me dice LA PALABRA...

Isaías 50, 4-7. El Señor me ha dado una lengua de discípulo.

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos.

El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás.

Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos.

El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Filipenses 2, 6-11. Obediente hasta la muerte y una muerte de cruz.

El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Lucas 22,14-23,56. Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

La entrada de Jesús en Jerusalén, como tantas cosas en su vida, es un gesto que nos desconcierta por muchos motivos. Es un gesto profundamente simbólico, cargado de sentido, que expresa la manera de ser de Jesús y el estilo de su mesianismo. Y como todos los gestos proféticos crea y despierta recelos y adhesiones. En cualquier caso, no nos deja indiferentes y nos pone en la tesitura de tener que optar.

Tampoco es un gesto aislado. Es el paso definitivo de asunción de las consecuencias de su vida y su fidelidad al proyecto de Dios. A partir de aquí no hay vuelta atrás. Jesús entra en Jerusalén consciente de lo que puede seguir: de la Pasión que se avecina.

Nuestro mundo es un mundo calculador. Hemos aprendido y queremos tener controlada nuestra vida, conocer de antemano las consecuencias y los resultados de nuestras acciones, tasar y medir las consecuencias para ver si nos sale rentable dar determinados pasos, tomar opciones concretas. Pero la vida del discípulo –a quien el Señor espabila cada mañana, para que escuche, para que diga palabras de aliento al abatido– no puede desplegarse con esas medidas y seguridades. La única seguridad confiada –que no siempre será tangible a la primera– es la del amor incansable, inagotable, y fiel de Dios.

Quizá por eso hoy andamos escasos de profecía en nuestra vida concreta y cotidiana. Escasos de gestos que sean, no llamativos, sino significativos en su humildad. Gestos que nos desinstalen, que nos zarandeen y remuevan, que abran nuevos caminos y susciten esperanzas. Gestos que nos pongan vitalmente al lado de los empobrecidos para hacer nuestra su pasión, y caminar con ellos hacia la plenitud de la Viuda ofrecida por Dios en Jesucristo.

Nos faltan gestos proféticos personales, pero, sobre todo, comunitarios, que avancen la esperanza de la resurrección.

Esta semana santa que comenzamos es ocasión para recorrer con Jesús el camino de la pasión, y preguntarnos por esos gestos –a imagen de Jesús– que tendríamos que ser capaces de realizar, repitiendo su Pasión en nuestra vida, en la vida de nuestro pueblo y nuestra Iglesia.

Es ocasión de dejar que nuestro corazón palpite de nuevo con fuerza ante el sufrimiento humano, y con la misma fuerza sienta la fuerza de la esperanza que va abriéndose paso.

Hoy somos invitados a unirnos a Jesús en su pasión, en su marcha vital junto a los preferidos de Dios. Somos invitados a identificarnos con él, acogiendo su palabra y su ejemplo. Somos invitados a seguirle, a ser discípulos.

Me planteo cómo vivir esta Semana Santa en oración, en contemplación, cómo recorrer con Jesús el camino hacia la Cruz, junto a la vida, a las luchas y alegrías, a las tristezas y esperanzas del mundo obrero.

Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre:

El canto de tu pueblo

Déjanos cantar, Señor, un canto nuevo
en medio de tu pueblo.
Que tu Gloria
se convierta en alegría en nuestras vidas
y sonrisa en nuestros labios.

Entonaremos una canción nueva.
Estamos cansados de oír y cantar canciones viejas.
Las paradas militares pomposas y llenas de arrogancia,
dejan en nuestras bocas
un gusto amargo de sangre inútilmente derramada.

Estereotipadas y gastadas
se venden las canciones de amor
como artículo de consumo.
Se marchitan en nuestros labios
las notas falsas de una alegría que no existe.

Deja que entonemos tu canto, Señor;
el canto de la vida nueva y vigorosa
como la aurora que tú nos das.

Bailaremos al ritmo de una nueva melodía.
Brotarán nuevos acordes de las guitarras,
sin ecos de guerra ni redoblar de tambores.
Y de tu pueblo nacerá un ritmo nuevo,
un ritmo alegre y fraterno;
la verdad de la vida hecha canción y danza
para jóvenes, ancianos y niños de pecho;
ritmo inocente, danza sin miedos,
el ritmo de la amistad, la canción de la esperanza.

Porque el Señor ama a su pueblo,
y a los humildes abre caminos de esperanza.
Él es la fuerza de los brazos desafiantes
que se yerguen en la historia.

El Señor se hizo proletario y participó en nuestra marcha
solidaria de la lucha de los pobres,
los pequeños y los débiles.

Deja Señor, que cantemos contigo
una canción nueva: la canción de la esperanza.

Termino ofreciendo toda mi vida: Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día...